# Capítulo 4: En el que a Esther le hacen una nariz

**Por Rodrigo Fresán**

Menos fóbico que J. D. Salinger –pero igualmente eficaz a la hora de ser invisible– un pequeño detalle diferencia a Thomas Pynchon del autor de *The Catcher in the Rye*: no sólo escribe en su guarida sino que, también, publica.

El que entre uno y otro de sus libros puedan llegar a pasar hasta diecisiete años de silencio no afecta demasiado, porque sus libros se las arreglan para llenar ese espacio sin dificultad.

*V.* (1963), *El arcoiris de gravedad* (1973), *Vineland* (1990) y *Mason y Dixon* (1997) –sus inmensas novelas tamaño familiar– y *La subasta del lote 49* (1966) –su micromonstruo atómico que apenas encierra el estallido de una bomba H– son, en realidad, varios libros adentro de un solo envase, soportan todas las lecturas que se les exija y funcionan a la perfección a la hora de releerlas en el baño y abrirlas por cualquier parte como si fueran la Biblia, el I-Ching o *Tristram Shandy* o *Moby Dick*, las primeras novelas definitivamente pynchonianas escritas muchos años antes de que naciera aquel que iba a patentar el adjetivo en cuestión.

Hoy y ahora, en cualquier *campus* de los Estados Unidos, la sombra terrible de Thomas Pynchon es influencia ineludible para todo escritor norteamericano del mismo modo en que lo ha sido para gente que hoy está dejando su marca e intentando que su apellido, también, crezca a adjetivo. Ahí están los jóvenes Rick Moody, Dave Eggers, Neal Stephenson, Donald Antrim, Ben Marcus, David Foster Wallace y –ya que estamos, en la oficina del director– Don DeLillo.

Todos ellos cronistas de lo inconmensurable, profetas locos de un país enloquecido y contaminado por bacterias pop.

A la hora de la verdad, Pynchon en su cueva no aspira a otra cosa que a asentar los cimientos de una Historia Alternativa de USA donde la Entropía y la Conspiración son las fuerzas gobernantes e irresistibles.

De eso hablan una y otra vez sus novelas contando –y, atención, cantando– las amenazas de un sistema postal paralelo, los peligros de los misiles V-2, la decadencia del sueño hippie, las idas y vueltas de dos británicos en el Nuevo Mundo y –por supuesto– los múltiples complots que se siguen, se pierden, se cruzan y se ramifican en *V.*, su deslumbrante debut que no sólo se propuso ser la Novela Total sino que, además, lo consiguió abriendo sus puertas y ventanas para que todo lo que pudiera entrar entre.

Y en *V.* entra de todo.

Leerla es una de esas experiencias que cambian la vida de un lector y, si no se toman los cuidados pertinentes, puede significar la muerte de un escritor.

Ya se sabe: peligros de acercarse demasiado al sol y lo que aquí sigue es ese capítulo de *V.* que suele figurar una y otra vez en las antologías donde Pynchon aparece, siempre, como ese tipo riéndose solo y a carcajadas en el rincón de una fiesta donde el resto se aburre demasiado.



**Por Thomas Pynchon**

Esther le conoció, extrañamente, a través de Stencil, que a la sazón era un recién llegado a la Dotación. Stencil, que seguía un camino diferente, resultaba estar interesado por razones propias en la historia de Evan Godolphin. La había seguido hasta Meuse-Argonne. Después de conseguir finalmente el alias de Schoenmaker en los archivos de la Fuerza Expedicionaria, le costó a Stencil meses seguirle la pista hasta Germantown y el hospital de cirugía facial Muzak–filled. El bueno del doctor lo negó todo, a pesar de la variedad de zalamerías de que Stencil hizo gala; era una nueva vía muerta.

Como es habitual, tras determinadas frustraciones reaccionamos con benevolencia. Esther había andado languideciendo, en sazón y encendida de ojos, por el Rusty Spoon, odiando su nariz en forma de seis y demostrando en la medida de lo posible el viejo adagio estudiantil: "Todas las feas joden". Stencil, con su indignación desbaratada, en busca de alguien sobre quien derramarse, se aferró, esperanzado, en torno de la desesperación de la muchacha, conquista que progresó a lo largo de tardes tristes de verano deambulando entre fuentes agotadas, frontispicios de tiendas castigados por el sol y licuado alquitrán desangrando las calzadas y, finalmente, hasta un acuerdo padre–hija, lo suficientemente casual como para ser deshecho en cualquier momento por el solo deseo de uno de ellos, sin necesarias ceremonias *post-mortem*. Le sorprendió con fina ironía que el más hermoso dije sentimental fuera para ella la presentación a Schoenmaker; en consecuencia, en septiembre, tuvo lugar el contacto y sin mayores preámbulos fue Esther a parar bajo sus bisturíes y sus dedos amasadores.

En la antesala se reunía para recibirla aquella tarde un auténtico catálogo de seres deformes y contrahechos. Una mujer calva y sin orejas contemplaba el reloj de oro de los duendes, la piel generosa y brillante de las sienes al occipucio. Junto a ella se sentaba una jovencita cuyo cráneo presentaba fisuras tales que por encima del pelo le sobresalían tres picos de forma paraboloide. El pelo le caía a ambos lados de una cara densamente surcada por el acné como una barba de un patrón de barco. Al otro lado de la sala, leyendo un ejemplar del *Reader's Digest*, se sentaba un señor de edad con traje de gabardina verde musgo, que tenía tres ventanas en la nariz, carecía de labio superior y dejaba asomar un muestrario de dientes de distinto tamaño que se empujaban y apelotonaban como las lápidas de un osario en tierra de tornados. Y más allá, en un rincón, mirando al vacío, se sentaba un ser sin sexo, aquejado de sífilis hereditaria, con los huesos en proceso destructivo y en parte ya se habían deteriorado, de forma que el perfil de la cara de color gris era casi una línea recta, la nariz caída como un colgajo de piel que casi tapaba la boca; la barbilla deprimida de un lado por un gran cráter hundido que contenía pliegues de piel radiales; los ojos cerrados bajo la presión de la misma gravedad antinatural que aplastaba el resto del perfil. Esther, que estaba todavía en una edad impresionable, se identificaba con todos ellos. Era la confirmación de ese sentimiento de extrañeza que la había empujado a acostarse con tantos de "La dotación enferma".

Este primer día lo empleó Schoenmaker en un reconocimiento preoperatorio del terreno: fotografió la cara y la nariz de Esther desde distintos ángulos, comprobó que no existían infecciones de las vías respiratoriasaltas, llevó a cabo una reacción de Wassermann. Irving y Trench le ayudaron en la confección de dos vaciados o mascarillas. Le dieron dos pajitas para que respirase por ellas y con su estilo infantil pensó en quioscos de refrescos, cocas de cereza, suspiros de monja.

Al día siguiente volvió a la consulta. Los dos vaciados estaban allí sobre la mesa del despacho, uno junto al otro.

–Tengo dos dobles –dijo con una risa tonta.

Schoenmaker alargó la mano y arrancó la nariz de escayola de una de las máscaras.

–Veamos –sonrió; hizo aparecer como un mago una pella de arcilla de modelar con la que sustituyó la nariz arrancada–. ¿En qué tipo de nariz ha pensado?

¡En cuál iba a ser! Irlandesa, la quería con la punta hacia arriba. Como la querían todas. A ninguna se le ocurría que la nariz respingona también es una aberración estética: una nariz judía invertida, eso es todo. Pocas habían pedido nunca una nariz de las llamadas "perfectas", en las que el perfil es recto, la punta no está levantada ni curvada, la columela (que separa las ventanas) se une al labio superior formando un ángulo de noventa grados. Todo lo cual venía a confirmar su tesis particular de que la corrección –en todos los ámbitos: social, político, emotivo– entraña un retroceso a un opuesto diametral más que una búsqueda razonable de un justo término medio, de un número áureo.

Unos cuantos virtuosismos digitales y artísticas torsiones de las muñecas.

–¿Podría valer esto? –Esther asintió con los ojos fulgurantes–. Tiene que armonizar con el resto de su cara, ¿comprende?

Desde luego no armonizaba. Si se quiere adoptar al respecto una actitud humanística. Todo lo que puede armonizar con un rostro, es evidentemente aquello con lo que ese rostro ha nacido.

"Pero", había conseguido racionalizar hacía años, "hay armonía y armonía". Así la nariz de Esther. Idéntica a un ideal de belleza nasal establecido por el cine, los anuncios, las ilustraciones de las revistas. Armonía cultural, la llamaba Schoenmaker.

–Lo intentaremos la semana que viene, entonces.

Le dio hora. Esther estaba emocionada. Era como estar esperando para nacer y discutir con Dios, en un tono tranquilo y práctico, comercial, la forma en que se quiere entrar exactamente en el mundo.

A la semana siguiente llegó puntual: apretado el estómago, sensible la piel.

–Venga.

Schoenmaker la cogió suavemente de la mano. Se sintió pasiva (¿un poco?), incluso sexualmente excitada. La sentaron en un sillón de dentista, bajaron hacia atrás el respaldo e Irving comenzó a prepararla, afanándose a su alrededor como una criada.

Limpiaron la cara de Esther en la región nasal con jabón de potasa, yodo y alcohol. Le cortaron los pelillos del interior de la nariz y le limpiaron suavemente los vestíbulos con antisépticos. A continuación le administraron Nembutal.

Se esperaba que esto la tranquilizara, pero los derivados del ácido barbitúrico afectan de forma diferente a cada individuo. Quizá contribuyera a ello su inicial excitación sexual; pero cuando Esther fue llevada al quirófano se encontraba al borde del delirio.

–Debería haber usado Hyoscin –dijo Trench–. Les produce amnesia, hombre.

–Silencio, a la mesa –dijo el médico mientras limpiaba.

Irving se puso a colocarle el instrumental, mientras Trench sujetaba a Esther con correas a la mesa de operaciones. Esther tenía los ojos desencajados; sollozaba silenciosamente, comenzando evidentemente a pensárselo mejor. –Demasiado tarde ahora –la consoló Trench con una mueca risueña–. Estate quieta, ¿eh?

Los tres tenían puestas mascarillas de quirófano. De repente los ojos se le antojaban malévolos a Esther.

–Trench, sujétele la cabeza –llegó la voz amortiguada de Schoenmaker– y que Irving haga de anestesista. Necesitas práctica, querida. Ve y coge el frasco de la novocaína.

Le pusieron toallas esterilizadas bajo la cabeza y le instilaron una gota de aceite de castor en cada ojo. Le restregaron de nuevo la cara, con metafeno y alcohol. Le embutieron la nariz con gasa para impedir que los antisépticos y la sangre fluyeran hacia la faringe y la garganta.

Irving volvió con la novocaína, una jeringuilla y una aguja. Primero le inyectó a Esther el anestésico en la punta de la nariz, una inyección a cada lado. A continuación le dio una serie de pinchazos radiales alrededor de cada ventana de la nariz para adormecer las aletas, apretando el pulgar para bajar el émbolo cada vez que retiraba la aguja.

–Cambia a la grande –dijo Schoenmaker con tranquilidad.

Irving sacó una aguja de dos pulgadas del autoclave. Esta vez la aguja, justo por debajo de la piel, fue empujada a todo lo largo de cada lado de la nariz, desde las ventanas hasta donde ésta se unía a la frente.

Nadie le había dicho a Esther que la operación dolería. Pero estas inyecciones dolían: nunca había experimentado nada que doliera tanto. Lo único que tenía libre para poder mover eran las caderas. Trench le sujetaba la cabeza y lanzaba de soslayo una mirada apreciativa sobre el cuerpo que se retorcía, constreñido, sobre la mesa.

En el interior de la nariz, con una nueva carga anestésica, la aguja hipodérmica de Irving se insertaba entre el cartílago superior y el inferior, y empujaba hacia arriba hasta llegar a la glabela, la depresión entre las cejas,

# V

**Por Thomas Pynchon**

Esther le conoció, extrañamente, a través de Stencil, que a la sazón era un recién llegado a la Dotación. Stencil, que seguía un camino diferente, resultaba estar interesado por razones propias en la historia de Evan Godolphin. La había seguido hasta Meuse-Argonne. Después de conseguir finalmente el alias de Schoenmaker en los archivos de la Fuerza Expedicionaria, le costó a Stencil meses seguirle la pista hasta Germantown y el hospital de cirugía facial Muzak–filled. El bueno del doctor lo negó todo, a pesar de la variedad de zalamerías de que Stencil hizo gala; era una nueva vía muerta.

Como es habitual, tras determinadas frustraciones reaccionamos con benevolencia. Esther había andado languideciendo, en sazón y encendida de ojos, por el Rusty Spoon, odiando su nariz en forma de seis y demostrando en la medida de lo posible el viejo adagio estudiantil: "Todas las feas joden". Stencil, con su indignación desbaratada, en busca de alguien sobre quien derramarse, se aferró, esperanzado, en torno de la desesperación de la muchacha, conquista que progresó a lo largo de tardes tristes de verano deambulando entre fuentes agotadas, frontispicios de tiendas castigados por el sol y licuado alquitrán desangrando las calzadas y, finalmente, hasta un acuerdo padre–hija, lo suficientemente casual como para ser deshecho en cualquier momento por el solo deseo de uno de ellos, sin necesarias ceremonias *post-mortem*. Le sorprendió con fina ironía que el más hermoso dije sentimental fuera para ella la presentación a Schoenmaker; en consecuencia, en septiembre, tuvo lugar el contacto y sin mayores preámbulos fue Esther a parar bajo sus bisturíes y sus dedos amasadores.

En la antesala se reunía para recibirla aquella tarde un auténtico catálogo de seres deformes y contrahechos. Una mujer calva y sin orejas contemplaba el reloj de oro de los duendes, la piel generosa y brillante de las sienes al occipucio. Junto a ella se sentaba una jovencita cuyo cráneo presentaba fisuras tales que por encima del pelo le sobresalían tres picos de forma paraboloide. El pelo le caía a ambos lados de una cara densamente surcada por el acné como una barba de un patrón de barco. Al otro lado de la sala, leyendo un ejemplar del *Reader's Digest*, se sentaba un señor de edad con traje de gabardina verde musgo, que tenía tres ventanas en la nariz, carecía de labio superior y dejaba asomar un muestrario de dientes de distinto tamaño que se empujaban y apelotonaban como las lápidas de un osario en tierra de tornados. Y más allá, en un rincón, mirando al vacío, se sentaba un ser sin sexo, aquejado de sífilis hereditaria, con los huesos en proceso destructivo y en parte ya se habían deteriorado, de forma que el perfil de la cara de color gris era casi una línea recta, la nariz caída como un colgajo de piel que casi tapaba la boca; la barbilla deprimida de un lado por un gran cráter hundido que contenía pliegues de piel radiales; los ojos cerrados bajo la presión de la misma gravedad antinatural que aplastaba el resto del perfil. Esther, que estaba todavía en una edad impresionable, se identificaba con todos ellos. Era la confirmación de ese sentimiento de extrañeza que la había empujado a acostarse con tantos de "La dotación enferma".

Este primer día lo empleó Schoenmaker en un reconocimiento preoperatorio del terreno: fotografió la cara y la nariz de Esther desde distintos ángulos, comprobó que no existían infecciones de las vías respiratoriasaltas, llevó a cabo una reacción de Wassermann. Irving y Trench le ayudaron en la confección de dos vaciados o mascarillas. Le dieron dos pajitas para que respirase por ellas y con su estilo infantil pensó en quioscos de refrescos, cocas de cereza, suspiros de monja.

Al día siguiente volvió a la consulta. Los dos vaciados estaban allí sobre la mesa del despacho, uno junto al otro.

–Tengo dos dobles –dijo con una risa tonta.

Schoenmaker alargó la mano y arrancó la nariz de escayola de una de las máscaras.

–Veamos –sonrió; hizo aparecer como un mago una pella de arcilla de modelar con la que sustituyó la nariz arrancada–. ¿En qué tipo de nariz ha pensado?

¡En cuál iba a ser! Irlandesa, la quería con la punta hacia arriba. Como la querían todas. A ninguna se le ocurría que la nariz respingona también es una aberración estética: una nariz judía invertida, eso es todo. Pocas habían pedido nunca una nariz de las llamadas "perfectas", en las que el perfil es recto, la punta no está levantada ni curvada, la columela (que separa las ventanas) se une al labio superior formando un ángulo de noventa grados. Todo lo cual venía a confirmar su tesis particular de que la corrección –en todos los ámbitos: social, político, emotivo– entraña un retroceso a un opuesto diametral más que una búsqueda razonable de un justo término medio, de un número áureo.

Unos cuantos virtuosismos digitales y artísticas torsiones de las muñecas.

–¿Podría valer esto? –Esther asintió con los ojos fulgurantes–. Tiene que armonizar con el resto de su cara, ¿comprende?

Desde luego no armonizaba. Si se quiere adoptar al respecto una actitud humanística. Todo lo que puede armonizar con un rostro, es evidentemente aquello con lo que ese rostro ha nacido.

"Pero", había conseguido racionalizar hacía años, "hay armonía y armonía". Así la nariz de Esther. Idéntica a un ideal de belleza nasal establecido por el cine, los anuncios, las ilustraciones de las revistas. Armonía cultural, la llamaba Schoenmaker.

–Lo intentaremos la semana que viene, entonces.

Le dio hora. Esther estaba emocionada. Era como estar esperando para nacer y discutir con Dios, en un tono tranquilo y práctico, comercial, la forma en que se quiere entrar exactamente en el mundo.

A la semana siguiente llegó puntual: apretado el estómago, sensible la piel.

–Venga.

Schoenmaker la cogió suavemente de la mano. Se sintió pasiva (¿un poco?), incluso sexualmente excitada. La sentaron en un sillón de dentista, bajaron hacia atrás el respaldo e Irving comenzó a prepararla, afanándose a su alrededor como una criada.

Limpiaron la cara de Esther en la región nasal con jabón de potasa, yodo y alcohol. Le cortaron los pelillos del interior de la nariz y le limpiaron suavemente los vestíbulos con antisépticos. A continuación le administraron Nembutal.

Se esperaba que esto la tranquilizara, pero los derivados del ácido barbitúrico afectan de forma diferente a cada individuo. Quizá contribuyera a ello su inicial excitación sexual; pero cuando Esther fue llevada al quirófano se encontraba al borde del delirio.

–Debería haber usado Hyoscin –dijo Trench–. Les produce amnesia, hombre.

–Silencio, a la mesa –dijo el médico mientras limpiaba.

Irving se puso a colocarle el instrumental, mientras Trench sujetaba a Esther con correas a la mesa de operaciones. Esther tenía los ojos desencajados; sollozaba silenciosamente, comenzando evidentemente a pensárselo mejor. –Demasiado tarde ahora –la consoló Trench con una mueca risueña–. Estate quieta, ¿eh?

Los tres tenían puestas mascarillas de quirófano. De repente los ojos se le antojaban malévolos a Esther.

–Trench, sujétele la cabeza –llegó la voz amortiguada de Schoenmaker– y que Irving haga de anestesista. Necesitas práctica, querida. Ve y coge el frasco de la novocaína.

Le pusieron toallas esterilizadas bajo la cabeza y le instilaron una gota de aceite de castor en cada ojo. Le restregaron de nuevo la cara, con metafeno y alcohol. Le embutieron la nariz con gasa para impedir que los antisépticos y la sangre fluyeran hacia la faringe y la garganta.

Irving volvió con la novocaína, una jeringuilla y una aguja. Primero le inyectó a Esther el anestésico en la punta de la nariz, una inyección a cada lado. A continuación le dio una serie de pinchazos radiales alrededor de cada ventana de la nariz para adormecer las aletas, apretando el pulgar para bajar el émbolo cada vez que retiraba la aguja.

–Cambia a la grande –dijo Schoenmaker con tranquilidad.

Irving sacó una aguja de dos pulgadas del autoclave. Esta vez la aguja, justo por debajo de la piel, fue empujada a todo lo largo de cada lado de la nariz, desde las ventanas hasta donde ésta se unía a la frente.

Nadie le había dicho a Esther que la operación dolería. Pero estas inyecciones dolían: nunca había experimentado nada que doliera tanto. Lo único que tenía libre para poder mover eran las caderas. Trench le sujetaba la cabeza y lanzaba de soslayo una mirada apreciativa sobre el cuerpo que se retorcía, constreñido, sobre la mesa.

En el interior de la nariz, con una nueva carga anestésica, la aguja hipodérmica de Irving se insertaba entre el cartílago superior y el inferior, y empujaba hacia arriba hasta llegar a la glabela, la depresión entre las cejas, bajo la frente. Una serie de inyecciones internas en el septo –el tabique de huesos y cartílagos que separa las dos cavidades de la nariz– y la anestesia era completa. La metáfora sexual de todo el proceso no la abandonó. Trench estuvo repitiendo todo el rato: "Métela... sácala... métela... ¡aah!, ha sido muy bueno... sácala...", con una risita contenida, sobre los ojos de Esther. Irving suspiraba cada vez, exasperada. "Este muchacho", se esperaba oírla decir.

Al cabo de un rato Schoenmaker empezó a pellizcar y retorcer la nariz de Esther.

–¿Qué siente? ¿Duele?

Un no exhalado: Schoenmaker retorció con más fuerza:

–¿Duele?

–No.

–*Okey!* Tápele los ojos.

–Quizá quiera mirar -dijo Trench.

–¿Quiere mirar, Esther? ¿Ver lo que vamos a hacerle?

–No sé –tenía la voz débil, temblorosa, entre la presencia de ánimo y la histeria.

–Mire, entonces –dijo Schoenmaker–. Así se educa. Vamos a abrir primero el promontorio. A ver, un escalpelo.

Era una operación rutinaria. Schoenmaker trabajaba de prisa; ni él ni su enfermera desperdiciaban un solo movimiento. Golpes de esponja acariciadores evitaban casi la presencia de la sangre. De vez en cuando se le escapaba un hilillo que iba a parar a las toallas antes de que pudiera recogerlo.

Hizo dos incisiones en el tapiz interior de la nariz, cerca del septo, al borde inferior del cartílago lateral. Luego introdujo un par de tijeras de mango largo, curvadas y puntiagudas, por la ventana, empujándolas más arriba del cartílago hasta el hueso nasal. Las tijeras estaban diseñadas de forma que cortaran al cerrarse y al abrirse. Con rapidez, como un barbero que terminase de arreglar a un cliente que da buena propina, separó el hueso de la membrana y de la piel que lo recubrían.

–Socavar, le llamamos a esto –explicó.

Repitió el trabajo de las tijeras por la otra ventana.

–Ve, tiene dos huesos nasales. Están separados por el septo. En la parte inferior cada uno está unido a un trozo de cartílago lateral. Estoy socavándole desde esta unión hasta donde los huesos nasales se juntan con la frente.

Irving le pasó un instrumento parecido a un escalpelo.

–Levantador de Mackenty, lo llamamos.

Con el levantador le hurgó hasta completar el socavamiento.

–Y ahora –con suavidad, como un amante– voy a serrarle el promontorio.

Esther le observaba los ojos lo mejor que podía, buscando en ellos algo humano. Jamás se había sentido tan indefensa. Más tarde diría:

–Fue casi una experiencia mística. ¿Cuál es la religión ésa, una de las orientales, en la que la condición más elevada que alcanzamos es la de un objeto, una piedra? Era algo así; me sentía descender, una deliciosa pérdida de la "estheridad", convirtiéndome cada vez más en una burbuja, sin preocupaciones, traumas, nada: tan sólo ser...

La máscara con la nariz de arcilla yacía al lado en una mesita. Tomándola como referencia en rápidas miradas de reojo, Schoenmaker insertó la hoja de la sierra a través de una de las incisiones que había hecho y la empujó hacia arriba hasta la parte ósea. Luego la alineó con la línea del nuevo caballete y comenzó con cuidado a serrar el hueso nasal de ese lado.

–El hueso se sierra con facilidad –le dijo a Esther–. En realidad somos todos bastante frágiles.

La cuchilla llegó al septo blando; Schoenmaker la retiró.

–Ahora viene la parte complicada. Tengo que aserrar el otro lado exactamente igual. De lo contrario le quedaría la nariz torcida.

Introdujo la sierra en el otro lado de la misma manera, estudió la mascarilla durante un tiempo que a Esther se le hizo un cuarto de hora; hizo varios ajustes mínimos. Por fin, aserró el hueso de aquel lado en línea recta.

–Su promontorio se ha convertido ahora en dos trozos sueltos de hueso, unidos únicamente al septo. Tenemos que cortarlo, unir con los otros dos cortes.

Esta operación se hizo con un bisturí desgarrador de hoja en ángulo, cortando con agilidad hacia abajo, y completando la fase con algún elegante floreo de esponja.

–Y en estos momentos el promontorio está flotando en el interior de la nariz.

Echó atrás una de las aletas con un retractor, metió un par de fórceps y hurgó dentro para pescar el promontorio.

–Retiraremos esto –sonrió–. Todavía no quiere salir.

Con las tijeras cortó para desprender el promontorio del cartílago lateral que lo estaba sujetando; luego, con el fórceps de hueso, sacó un trozo de ternilla de color oscuro que agitó triunfalmente entre los ojos de Esther.

–Veintidós años de infelicidad social, *nicht wahr*? Final del acto primero. Lo meteremos en formaldehído para que pueda usted guardarlo de recuerdo si quiere.

Mientras hablaba, alisaba los bordes de los cortes con una escofina.

Hasta ahí el promontorio. Pero donde había estado el promontorio había ahora una superficie plana. El caballete de la nariz había sido demasiado ancho y ahora había que estrecharlo.

Nuevamente comenzó a minar los huesos nasales, esta vez por la zona en la que se juntan los pómulos y más allá. Al retirar las tijeras introdujo en su lugar una sierra en ángulo recto.

–Sus huesos nasales están firmemente anclados, ve: lateralmente a los pómulos y por arriba a la frente. Debemos fracturarlos para poder hacer girar la nariz. Igual que lo hacíamos con el trozo de arcilla.

Aserró el hueso nasal a ambos lados, separándolo del pómulo. A continuación cogió un escoplo y lo metió por una de las ventanas de la nariz, empujando hacia arriba todo lo que pudo, hasta que tocó hueso.

–Dígame si nota algo.

Dio al escoplo unos golpes ligeros con un mazo; se detuvo, perplejo, y comenzó a martillar más fuerte.

–Su madre –dijo, abandonando el tono jovial. Tap, tap, tap–. Vamos, hijoputa.

La punta del escoplo avanzaba, milímetro a milímetro, por entre las cejas de Esther.

–*Scheisse!*

Con un fuerte chasquido se rompió la nariz, soltándose de la frente. Empujando con los dos pulgares desde ambos lados, Schoenmaker completó la fractura.

–¿Lo ve? Ahora se bambolea. Este es el acto segundo. Y ahora acortamos *das septum, ja* –dijo en una mezcla de inglés e idish.

Con un escalpelo hizo una incisión alrededor del septo, entre éste y los dos cartílagos laterales adjuntos. Luego cortó hacia abajo, desde la parte frontal del septo hasta la "espina", situada en la parte posterior, justamente en el interior de las ventanas.

–Lo que deja un septo en libre flotación. Utilizamos unas tijeras para rematar el trabajo.

Con unas tijeras de disección socavó los lados del septo y siguió hacia arriba sobre los huesos hasta la depresión frontal, al final de la nariz.

Pasó un escalpelo a continuación por una de las incisiones, introduciéndolo por uno de los agujeros y sacándolo por el otro, y horadó con el filo cortante hasta que el tabique quedó separado en la parte inferior. Luego levantó una de las aletas con un retractor, introdujo unas pinzas Allis y extrajo parte del tabique suelto. Rápida transferencia de compases de espesores de la mascarilla al septo expuesto; luego, con un par de tijeras rectas, Schoenmaker recortó un borde de tabique triangular.

–Y ahora lo colocamos todo en su sitio.

Sin quitar ojo a la mascarilla unió los huesos nasales. Esto estrechaba el caballete y eliminaba la parte achatada donde se había cortado el promontorio. Se tomó tiempo para asegurarse de que las dos mitades quedaban alineadas al centro. Los huesos hacían un curioso sonido chasqueante al moverlos.

–Para que la nariz quede vuelta hacia arriba hacemos dos suturas.

La "costura" quedaba entre el borde del tabique recién cortado y la columela. Con aguja y portaagujas se dieron dos puntos de seda en sentido oblicuo a todo lo ancho de la columela y el septo.

La operación, en conjunto, había llevado menos de una hora. Limpiaron a Esther, sustituyeron las compresas de gasa simple por pomada sulfamídica y más gasa. Colocó una tira de esparadrapo sobre las aletas de la nariz y otra sobre el caballete de la nueva nariz. Encima le colocaron una plantilla Stent, un protector metálico y más esparadrapo. Le metieron tubos de goma por los dos agujeros para que pudiera respirar.

Dos días más tarde le quitaron las gasas. El esparadrapo, cinco días después. Los puntos de sutura, al cabo de siete. El producto final, hinchado, resultaba ridículo, pero Schoenmaker le aseguró que bajaría un poco después de unos meses. Así fue.

De *V.* (Tusquets) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

bajo la frente. Una serie de inyecciones internas en el septo –el tabique de huesos y cartílagos que separa las dos cavidades de la nariz– y la anestesia era completa. La metáfora sexual de todo el proceso no la abandonó. Trench estuvo repitiendo todo el rato: "Métela... sácala... métela... ¡aah!, ha sido muy bueno... sácala...", con una risita contenida, sobre los ojos de Esther. Irving suspiraba cada vez, exasperada. "Este muchacho", se esperaba oírla decir.

Al cabo de un rato Schoenmaker empezó a pellizcar y retorcer la nariz de Esther.

–¿Qué siente? ¿Duele?

Un no exhalado: Schoenmaker retorció con más fuerza:

–¿Duele?

–No.

–*Okey!* Tápele los ojos.

–Quizá quiera mirar -dijo Trench.

–¿Quiere mirar, Esther? ¿Ver lo que vamos a hacerle?

–No sé –tenía la voz débil, temblorosa, entre la presencia de ánimo y la histeria.

–Mire, entonces –dijo Schoenmaker–. Así se educa. Vamos a abrir primero el promontorio. A ver, un escalpelo.

Era una operación rutinaria. Schoenmaker trabajaba de prisa; ni él ni su enfermera desperdiciaban un solo movimiento. Golpes de esponja acariciadores evitaban casi la presencia de la sangre. De vez en cuando se le escapaba un hilillo que iba a parar a las toallas antes de que pudiera recogerlo.

Hizo dos incisiones en el tapiz interior de la nariz, cerca del septo, al borde inferior del cartílago lateral. Luego introdujo un par de tijeras de mango largo, curvadas y puntiagudas, por la ventana, empujándolas más arriba del cartílago hasta el hueso nasal. Las tijeras estaban diseñadas de forma que cortaran al cerrarse y al abrirse. Con rapidez, como un barbero que terminase de arreglar a un cliente que da buena propina, separó el hueso de la membrana y de la piel que lo recubrían.

–Socavar, le llamamos a esto –explicó.

Repitió el trabajo de las tijeras por la otra ventana.

–Ve, tiene dos huesos nasales. Están separados por el septo. En la parte inferior cada uno está unido a un trozo de cartílago lateral. Estoy socavándole desde esta unión hasta donde los huesos nasales se juntan con la frente.

Irving le pasó un instrumento parecido a un escalpelo.

–Levantador de Mackenty, lo llamamos.

Con el levantador le hurgó hasta completar el socavamiento.

–Y ahora –con suavidad, como un amante– voy a serrarle el promontorio.

Esther le observaba los ojos lo mejor que podía, buscando en ellos algo humano. Jamás se había sentido tan indefensa. Más tarde diría:

–Fue casi una experiencia mística. ¿Cuál es la religión ésa, una de las orientales, en la que la condición más elevada que alcanzamos es la de un objeto, una piedra? Era algo así; me sentía descender, una deliciosa pérdida de la "estheridad", convirtiéndome cada vez más en una burbuja, sin preocupaciones, traumas, nada: tan sólo ser...

La máscara con la nariz de arcilla yacía al lado en una mesita. Tomándola como referencia en rápidas miradas de reojo, Schoenmaker insertó la hoja de la sierra a través de una de las incisiones que había hecho y la empujó hacia arriba hasta la parte ósea. Luego la alineó con la línea del nuevo caballete y comenzó con cuidado a serrar el hueso nasal de ese lado.

–El hueso se sierra con facilidad –le dijo a Esther–. En realidad somos todos bastante frágiles.

La cuchilla llegó al septo blando; Schoenmaker la retiró.

–Ahora viene la parte complicada. Tengo que aserrar el otro lado exactamente igual. De lo contrario le quedaría la nariz torcida.

Introdujo la sierra en el otro lado de la misma manera, estudió la mascarilla durante un tiempo que a Esther se le hizo un cuarto de hora; hizo varios ajustes mínimos. Por fin, aserró el hueso de aquel lado en línea recta.

–Su promontorio se ha convertido ahora en dos trozos sueltos de hueso, unidos únicamente al septo. Tenemos que cortarlo, unir con los otros dos cortes.

Esta operación se hizo con un bisturí desgarrador de hoja en ángulo, cortando con agilidad hacia abajo, y completando la fase con algún elegante floreo de esponja.

–Y en estos momentos el promontorio está flotando en el interior de la nariz.

Echó atrás una de las aletas con un retractor, metió un par de fórceps y hurgó dentro para pescar el promontorio.

–Retiraremos esto –sonrió–. Todavía no quiere salir.

Con las tijeras cortó para desprender el promontorio del cartílago lateral que lo estaba sujetando; luego, con el fórceps de hueso, sacó un trozo de ternilla de color oscuro que agitó triunfalmente entre los ojos de Esther.

–Veintidós años de infelicidad social, *nicht wahr*? Final del acto primero. Lo meteremos en formaldehído para que pueda usted guardarlo de recuerdo si quiere.

Mientras hablaba, alisaba los bordes de los cortes con una escofina.

Hasta ahí el promontorio. Pero donde había estado el promontorio había ahora una superficie plana. El caballete de la nariz había sido demasiado ancho y ahora había que estrecharlo.

Nuevamente comenzó a minar los huesos nasales, esta vez por la zona en la que se juntan los pómulos y más allá. Al retirar las tijeras introdujo en su lugar una sierra en ángulo recto.

–Sus huesos nasales están firmemente anclados, ve: lateralmente a los pómulos y por arriba a la frente. Debemos fracturarlos para poder hacer girar la nariz. Igual que lo hacíamos con el trozo de arcilla.

Aserró el hueso nasal a ambos lados, separándolo del pómulo. A continuación cogió un escoplo y lo metió por una de las ventanas de la nariz, empujando hacia arriba todo lo que pudo, hasta que tocó hueso.

–Dígame si nota algo.

Dio al escoplo unos golpes ligeros con un mazo; se detuvo, perplejo, y comenzó a martillar más fuerte.

–Su madre –dijo, abandonando el tono jovial. Tap, tap, tap–. Vamos, hijoputa.

La punta del escoplo avanzaba, milímetro a milímetro, por entre las cejas de Esther.

–*Scheisse!*

Con un fuerte chasquido se rompió la nariz, soltándose de la frente. Empujando con los dos pulgares desde ambos lados, Schoenmaker completó la fractura.

–¿Lo ve? Ahora se bambolea. Este es el acto segundo. Y ahora acortamos *das septum, ja* –dijo en una mezcla de inglés e idish.

Con un escalpelo hizo una incisión alrededor del septo, entre éste y los dos cartílagos laterales adjuntos. Luego cortó hacia abajo, desde la parte frontal del septo hasta la "espina", situada en la parte posterior, justamente en el interior de las ventanas.

–Lo que deja un septo en libre flotación. Utilizamos unas tijeras para rematar el trabajo.

Con unas tijeras de disección socavó los lados del septo y siguió hacia arriba sobre los huesos hasta la depresión frontal, al final de la nariz.

Pasó un escalpelo a continuación por una de las incisiones, introduciéndolo por uno de los agujeros y sacándolo por el otro, y horadó con el filo cortante hasta que el tabique quedó separado en la parte inferior. Luego levantó una de las aletas con un retractor, introdujo unas pinzas Allis y extrajo parte del tabique suelto. Rápida transferencia de compases de espesores de la mascarilla al septo expuesto; luego, con un par de tijeras rectas, Schoenmaker recortó un borde de tabique triangular.

–Y ahora lo colocamos todo en su sitio.

Sin quitar ojo a la mascarilla unió los huesos nasales. Esto estrechaba el caballete y eliminaba la parte achatada donde se había cortado el promontorio. Se tomó tiempo para asegurarse de que las dos mitades quedaban alineadas al centro. Los huesos hacían un curioso sonido chasqueante al moverlos.

–Para que la nariz quede vuelta hacia arriba hacemos dos suturas.

La "costura" quedaba entre el borde del tabique recién cortado y la columela. Con aguja y portaagujas se dieron dos puntos de seda en sentido oblicuo a todo lo ancho de la columela y el septo.

La operación, en conjunto, había llevado menos de una hora. Limpiaron a Esther, sustituyeron las compresas de gasa simple por pomada sulfamídica y más gasa. Colocó una tira de esparadrapo sobre las aletas de la nariz y otra sobre el caballete de la nueva nariz. Encima le colocaron una plantilla Stent, un protector metálico y más esparadrapo. Le metieron tubos de goma por los dos agujeros para que pudiera respirar.

Dos días más tarde le quitaron las gasas. El esparadrapo, cinco días después. Los puntos de sutura, al cabo de siete. El producto final, hinchado, resultaba ridículo, pero Schoenmaker le aseguró que bajaría un poco después de unos meses. Así fue.

De *V.* (Tusquets) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

## hay que estar bella

*Es preciso visitar al peinador para estar siempre bella. A esta peluquería de moda concurren numerosas clientas y usted podrá saber qué profesión tiene cada una, cómo se llama el peluquero que la embellece y cuál es el tema de su conversación preferido.*

**VARIABLES**
**CLIENTA:** Agueda, Clidia, Dorelia, Elodia, Greta.
**PROFESION:** abogada, ama de casa, dentista, ejecutiva, estudiante.
**PELUQUERO:** Brian, Celso, Fedor, Milton, Osiris.
**CONVERSAN:** actualidad, cine, libros, música, teatro.

1. Clidia y Elodia tienen cabello lacio; la abogada, la que se apasiona por los libros y la atendida por Brian lo llevan ondulado.
2. La dentista y la ejecutiva han cruzado las piernas; no lo hacen así las que hablan sobre cine, música y teatro.
3. Fedor y Milton se ocupan de quienes llevan tacos altos; Greta, la estudiante y la cinéfila calzan mocasines.
4. Agueda y Elodia están leyendo una revista; a una de ellas la peina Fedor y a la otra, Osiris.
5. Dorelia, amante del teatro, se halla entre el ama de casa y la ejecutiva.



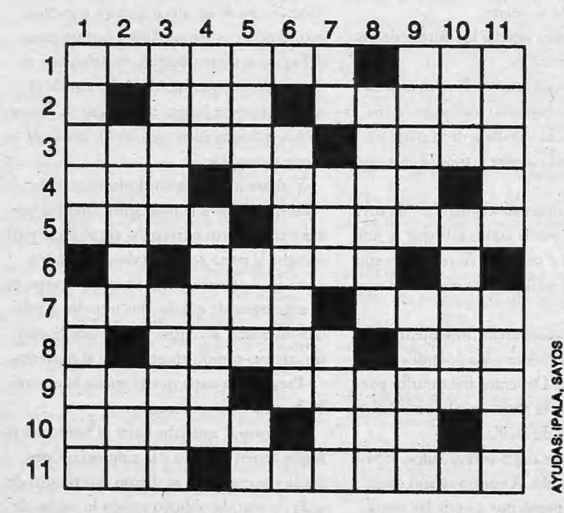
| Clientа | Profesión | Peluquero | Conversan |
|---|---|---|---|
| ............ | ............ | ............ | ............ |
| ............ | ............ | ............ | ............ |
| ............ | ............ | ............ | ............ |
| ............ | ............ | ............ | ............ |
| ............ | ............ | ............ | ............ |

## cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

ANIMAL FABULOSO CON UN CUERNO EN LA FRENTE / IMPAR / MUY DISTRAÍDO / QUITAR, EXTRAER / NOVENA CONSONANTE / ENGRASÉ / CUBRO CON LOSAS / DE UN SOLO SEXO / DEL NODO ACÚSTICO / CIERTA CLASE DE CUERO CURTIDO / (THOMAS ALVA) INVENTOR / CÁNDIDOS, INGENUOS / SOBRENOMBRE / ANTIGUO POETA GRIEGO / AOVAR / SIGNO MUSICAL / ACCIÓN DE LIGAR / APUNTARÁS, TOMARÁS NOTAS / CIUDAD DONDE NACIÓ EINSTEIN / EMBARCACIÓN CHATA / OCHO Y UNO / ATOMO CON CARGA ELÉCTRICA / RÍO DE ALSACIA / GRANDE, GRANDIOSO / SUFIJO: TUMOR / LÍES, AMARRES / PRIMERA LETRA HEBREA / SONRÍEN / RÍO DE ESPAÑA, AFLUENTE DEL EBRO / PERFORA, HORADA / MUJER DE LOT, QUE FUE CONVERTIDA EN ESTATUA DE SAL / LUDIR, FROTAR / ENFERMEDAD POR CONTAGIO SEXUAL / PERÍODOS DE DOCE MESES / EN INGLÉS, ADMIRADORES

## crucigrama



AYUDAS: IPALA, SAYOS

### HORIZONTALES

1. Elemento químico./ Graznido del cuervo.
2. Igual o semejante./ Os dirigíais.
3. Evites./ Ciudad de Italia antigua.
4. Abreviatura de religión./ De la navegación.
5. Sultanato con capital en Mascate./ Que padece gota.
6. Percibirlo con el oído.
7. Acosa, persigue./ Pronombre posesivo.
8. Bullicio./ Astro rey.
9. En inglés, muchacha./ Obsérvase desde lo alto.
10. No creyentes./ Rey, en francés.
11. Scandinavian Airlines System./ Transigir.

### VERTICALES

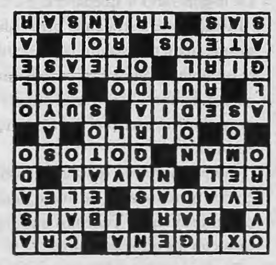
1. Animal con pelo de color blanco y azafrán mezclados./ Plantas acuáticas.
2. Percibimos con los ojos./ Piojo de las gallináceas.
3. Volcán de Guatemala./ Consonante doble (pl.).
4. Hijo de Jacob./ Nudosidad pequeña.
5. Existían./ En números romanos, 3./ Iniciales del personaje televisivo "El Santo".
6. De Dios o de su culto.
7. Mamífero desdentado./ Abreviatura de "volumen"./ Que no es la misma.
8. Hombres muy devotos./ Período inconmensurable.
9. Guardó silencio./ Utilizáis.
10. Expresa alegría mediante la risa./ Casaca hueca, larga y abierta (pl.).
11. Cocido a las brasas./ Aceitar una ensalada.

## soluciones

### hay que estar bella

Agueda, ejecutiva, Fedor, libros.
Clidia, esudiante, Celso, música.
Dorelia, abogada, Milton, teatro.
Elodia, ama de casa, Osiris, cine.
Greta, dentista, Brian, actualidad.

### cruci-clip



### crucigrama